

CONTESTACIÓN  
de  
DON F. JIMÉNEZ ARRÁIZ

*Señores:*

Ahora sí, señores, vibrando todavía en vuestros oídos la hermosa pieza oratoria del nuevo Académico, magnífica y sonora como un canto de clarín; todavía en vuestros labios las dulces mieles del panal de oro y en torno vuestro el aliento de las corolas apiñadas en el pomposo ramillete, maravilla y encanto de su bosque natal, ahora, digo, sí podéis figuraros cómo fue el entusiasmo con que esta Academia acogió la elección del distinguido compatriota que hoy viene a tomar asiento en ella y la complacencia con que recibe en su seno al arrogante escritor y distinguido forense.

Ya lo habéis oído en su brillante síntesis psicológica del héroe máximo de América, gallarda como de mármol, repujada como un escudo, arrobadora como un viaje espiritual bajo un claro de luna, y que el mármol fuese del Partenón, homérico el ensueño, el escudo para Aquiles; y tan profunda que, oyéndola, no es posible sustraer de la meditación el alma. No podía ser de otro modo: es el mismo que en el prólogo de *Mina* exclama: "Rompamos nuestros vasos de alabastro y antes que vender por los *treinta denarios y más* el perfume preciosísimo, derramémoslo todo entero, en profusión que alarme a los mezquinos, sobre las plantas que sangran, sobre las frentes que irradian."<sup>1</sup> Es el mismo: vibrante y recio como un acero, soleado y feraz como un pedazo de nuestros campos; pintoresco en la novela, altisonante en la tribuna, discreto en el foro; se ve Ministro como si saliese de un triunfo universitario, acude a las cortes judiciales cual si viniese de academia, y aulas, gabinete y estrados tienen inscrito con honra su nombre en sus anales: así despuntaba ya en los vetustos corredores de nuestra vieja Universidad, que dulcemente recuerda nuestra alma... ¿no es verdad?... imborrable el recuerdo de cuando, de diversas tierras, de lejanos hogares, de extrañas costumbres, borrando fronteras y fundiendo espíritus en el amor de una sola patria, puso a palpitar nuestros corazones con un solo corazón.

¿No es verdad que llena el alma de un profundo asombro la visión de ese Bolívar?... ¿No es verdad que es intensamente bello ese nuestro Bolívar que él nos esboza en tan magistrales pinceladas?... "Fenómeno inesperado, brote solitario... una disonancia en el ritmo sosegado y soñoliento de los tiempos y de las multitudes que fueron en la vida sin reproche y sin memoria..."

¿De dónde viene?

La Herencia es ya indiscutible en los dominios biológicos, como ley definitiva, "sin más limitación que la vida misma". A partir de este concepto, si en el trabajo de la generación se considera un solo generador, como en cierta clase de seres inferiores, y se prescinde de cuanto pueda influir en ella, es indudable que el hijo debe nacer solamente con las cualidades de su único generador, pero en los seres superiores son dos los genitores, cada uno de los padres aporta el contingente de su propia personalidad y lleva en sí y trasmite a su progenie cualidades ancestrales de la doble serie de sus antepasados; ciertas causas accidentales, coincidiendo con el momento generador, dan origen a diversos caracteres; concurren influjos internos y externos que obran sobre el ser nacido y a su vez engendran distintas cualidades y se operan ignoradas combinaciones mentales cuyos efectos alejan el producto de su tipo original. El retorno a los antepasados por la aparición de caracteres de éstos, invisibles pero latentes en la naturaleza de los padres, se fundamenta en la Doctrina de la Descendencia, cada día más firme en los dominios de la ciencia positiva; las cualidades nuevas, provenientes de esos otros poderes, extrañas al imperio de la herencia en su primer momento, adquieren luego las virtualidades de ésta, se hacen trasmisibles y se las considera como una acción contrapesadora del carácter conservador de la herencia por el empuje de las especies hacia una incesante diferenciación; e impera en el campo científico el principio de

---

<sup>1</sup> Novela del doctor Cabrera Malo

que los nuevos caracteres de un producto son combinaciones de los gérmenes paternos, consecuencias de la actividad funcional de sus antepasados, acciones recónditas del medio, físico y moral, y todo vigorizado y ampliado por esa otra fuerza biológica en virtud de la cual las variedades tienden a alejarse indefinidamente del tipo original, lo que constituye la evolución orgánica.

Estas observaciones las han hecho los profesionales, anatómica, fisiológica y psicológicamente, en el estudio de muchas castas y familias cuyas genealogías no admiten duda en un largo lapso de su historia, y ha quedado firme la poderosa ley biológica; pero cómo estudiarlas nosotros en las generaciones de nuestra incipiente vida nacional, genealógicamente tan corta pero tan oscura, y cuando sabemos que algunos linajes se han visto en el caso de negar a sus abuelos para darse brillo y dignidad, otros se han atribuido vanidosamente orígenes que no tienen —lo que no es nuevo en la historia de la humanidad— y finalmente muchos no saben, o simulan ignorar, o quieren no saber quiénes fueron sus antepasados; mucho menos podemos conocer lo que emane de la herencia cruzada, o sea la herencia transmitida del padre a la hija y de la madre al hijo, esa por la cual no debe ser extraño que de padres eminentes nazcan hijos que no son sino una triste miseria humana, y de padres insignificantes hijos superiores, selectos ejemplares de hombre. Aun tratándose de Bolívar, cuya ascendencia, de legítima prosapia, es de las más conocidas y extensas entre las genealogías nacionales, en lo que de ellas conocemos, no podemos pasar de meras suposiciones al tratar de ahondar en el sentido psicológico de

la doble serie de sus antepasados: no tuvo el Libertador en las cinco generaciones de éstos más próximas ni un solo varón de quien, por algún hecho altisonante, de esos cuya trascendencia moldea la figura de un personaje, la gloria de una estirpe, pueda decirse: sin duda alguna, ¡éste es un abuelo del Libertador! En el otro sexo mucho menos: la psiquis de nuestras mujeres se consume en su propia vida, como una lámpara en la penumbra de un templo solitario, reducidas a conservar vivo y puro y ardoroso, como un haz de frescos claveles, el amor de su corazón y el corazón de sus amores; de ella sabemos muy poco: ¡una magnolia ante un altar!

Conocemos los padres, los abuelos, los bisabuelos, los tatarabuelos del Libertador... unos treinta ascendientes más o menos oscuros, vistos desde hoy, pero flor y nata de su época en su brillante mundo social, por el pomposo boato —y algo más, quizás en los dominios del espíritu— de aquellos salones que en el siglo XVIII hicieron el deleite del sabio Barón de Humboldt y el encanto aristocrático del Conde de Segur, aunque mundo y actuación bastante exigua, es verdad, comparados con la obra de la fuerza y las creaciones de la inteligencia, en la formación de un linaje en que debía fulgir después Simón Bolívar, y apenas conocemos algunos de los padres y menos aún de los abuelos de esos treinta antepasados; no obstante, yéndonos lo más remotamente posible por las raíces de su progenie y contando de la 6<sup>a</sup> generación, coetáneos del primer Simón de Bolívar que se estableció en Venezuela, para atrás, se encuentra un Francisco Infante *el mozo*, cuyas nobles prodigalidades consumieron el patrimonio que le dejó su padre: era éste el conquistador Francisco Infante, que se distinguió por su tenacidad, su audacia y su denuedo durante cincuenta y seis años de vida guerrera casi sin reposo; de los reductores de Guaicaipuro, de los vencedores de Lope de Aguirre, desde el lago de Maracaibo hasta el país de los Cumanagotos, desde las playas del Caribe hasta las márgenes del Apure, desde los desaguaderos del Arauca hasta los propios lomos de la cordillera, y en plena vida salvaje, todo fue teatro de sus viriles energías, en aquella enorme obra que no tiene igual en la historia de la humanidad, y ya había andado él, en pos del *Dorado*, por el mismo camino por donde dos siglos y medio después, en pos de *Colombia*, pasó, "flor de su raza", el Libertador; y encontramos un don Juan de Villegas, altísima figura de español, "varón a todas luces grande" —según el cronista Oviedo y Baños—, hombre de una alta y penetrante mentalidad, hábil, dúctil y sereno en el trato de los hombres y de las circunstancias, que sabía manejar a su talento! Y entre las mujeres encontramos la simpática figura de Francisca de Rojas, de aquellas Rojas de Margarita que se hicieron beneméritas bajo el talón ferrado del Tirano Aguirre y en plena Conquista se dieron, abnegadas compañeras, al conquistador, heroicas fundadoras de los primeros hogares de la futura

metrópoli venezolana;<sup>2</sup> y nos encontramos con el beato misticismo de doña Juana de Vilella, que, junto con el de su hija doña Mariana, dedicó a obras pías su patrimonio; y con la hermosa filantropía de doña María Marín de Narváez, que invirtió su hacienda en obras protectoras de la mujer: indudablemente que la psiquis de ese hombre arranca de las mismas fuentes de la de aquella enérgica mujer, su tía, que se encierra durante seis años bajo el juramento de no salir de su prisión mientras la patria no sea libre, doña Josefa María Palacio, viuda de José Félix Rivas, y de aquella inteligentísima y fuerte doña María Antonia Bolívar, que lo sigue, como un ángel, en la siniestra derrota de 1814, y entre el incendio anárquico de 1826 y el odio de sus enemigos, pone a fulgurar ante los ojos de su hermano este decisivo dilema, digno de los días de Esparta: *O Libertador o muerto*.<sup>3</sup>

Se ve pues que la mayor influencia atávica ejercida sobre el Libertador debe de venir de aquellos bravos castellanos de la Conquista que pusieron a brillar en el horizonte de su espíritu la esquiva ilusión del *Dorado*, como la estrella, los Magos en el horizonte de su fe, y quién sabe si también de aquellos heroicos hijos de la selva que sin más broquel que el tronco de los árboles ni más arma que la salvaje flecha, como en días de Acteón, mantuvieron vibrante en su corazón su inocente amor de patria, hasta morir por ella, en la oblación de su sangre, pegada la frente a los pedruscos de la tierra nativa en un beso formidable. Después, en el advenimiento de la paz, una larga serie de oscuros abuelos: ni sabios, ni artistas, ni poetas, ni héroes, quizás únicamente porque su tiempo y su medio no eran propicios a la disquisición científica, a las creaciones del arte, al vuelo del numen, a la gloria por la mente y por la fuerza, y el reposo de la actividad no niega la potencialidad de las aptitudes del ser: fueron labradores de las márgenes del Tuy, los Valles de Aragua y las selvas de Barlovento, mineros de Cocorote y Aroa; criadores de los llanos de Calabozo, Orituco y sabanas de Ocumare, que se hicieron domadores del animal bravío y lo sometieron bajo su mano, dominadores de la naturaleza prepotente y la obligaron a darles sus tesoros: ellos, cuando sólo existía el caballo como único vehículo y ásperas veredas por caminos, al trote de su caballo, bajo el sol abrasador, hicieron frente a las más escarpadas montañas, a los más ríspidos precipicios, a los más ardientes llanos, a los aguazales más extensos, y llanuras, y caños, y cuevas, y precipicios, y montañas se rindieron, vencidos, a su infatigable tenacidad y descomunal intrepidez... ¿Y podrá ser extraño, así, que Simón Bolívar, ante el Orinoco, sienta el ímpetu del nado?... ¿que en plena sabana tendida ante sus ojos como la tierra prometida ante el caudillo israelita, no pueda dominar el anhelo del galope?... ¿que ante las cumbres de los Andes sienta el impetuoso deseo del vuelo, como el cóndor? ¡Y verlo de un salto sobre el potro y luego disparado tras el venado volador, atónitos al punto los Centauros del Yagual! Y nada fue el caudaloso Orinoco ante él para adueñarse de Angostura, nada los nevados del Pisba para alcanzar el laurel de Boyacá; ahora vencedor sobre los ventisqueros de los Andes, grita el Don Juan Libertador a las hijas del Sol: "¡Ya sois tan libres como hermosas!"; en vísperas de Junín, "¡Triunfar!" es el mandato imperativo, la voluntad de hierro del Campeador moribundo, y crea a Bolivia, arrullada por la gloria de Ayacucho, como bajo el beso de una estrella. Y quién, en la lengua de aquel que dijo "En mis dominios no se pone el sol", ha dicho nunca: "¡Soldados colombianos, centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!"

"Ciertas cualidades —piensa el sabio psicólogo Ribot—, como la atención, la memoria, la constancia, son la base del desenvolvimiento intelectual; ciertos instintos, como la ambición, la bondad, el egoísmo, la curiosidad, son los motores. Quitad a Julio César un poco de su instinto preponderante, la ambición; quitad a Newton su poder de atención, y la vida del primero se pasará

---

<sup>2</sup> Me atrevo a pensar que la Beatriz de Rojas, esposa del segundo Simón de Bolívar, no es hija de Alonso Díaz Moreno, como se ha dicho, sino de Garci-González de Silva, por donde viene el Libertador a ser también descendiente de este bravo conquistador, como lo es de Francisco Maldonado, Juan de Guevara, Francisco de Rebolledo, Lázaro Vázquez, Cuaresma de Meló y otros, todos Capitanes Pobladores.

<sup>3</sup> "Mi hermana me dice que en Caracas hay tres partidos, monárquicos, demócratas y pardócratas. Que sea yo *Libertador o muerto*, es su consejo. Éste será el que yo seguiré, aunque supiera que por seguirlo pereciera todo el género humano." *Carta a Santander*.

tal vez en un oscuro libertinaje, y el segundo no llegará a sus poderosas abstracciones." En Bolívar la irreducible tenacidad, la deslumbradora audacia y aquella insaciable ambición que cada día hacía más intensa su ardorosa aspiración de gloria, son los tres elementos primos que durante un cuarto de centuria mantuvieron en incesante actividad aquellas otras deslumbradoras facultades, que los siglos día por día habían almacenado en él hasta irrumpir inesperada, espontánea e inevitablemente, destacándolo en su incomparable perfil de genio.

Y ya que digo Genio, acerca de la teoría de Moreau de Tours, Maudley, etc., dice el pensador citado: "Confesaremos que la mayor parte de las objeciones que se han hecho a esta doctrina no nos han parecido muy concluyentes. Si los autores hubieran sostenido la identidad de la locura y el genio en cuanto a los hechos en que se traducen (por ejemplo, que las elucubraciones de un loco igualan a los trabajos de Newton o de Goethe), la observación hubiera sido tan rara, que no se hubiera visto en ella sino una mera ocurrencia. Pero ¿qué es lo que se ha sostenido? Que las condiciones orgánicas del genio y de la locura parecen casi idénticas, de tal suerte que un hombre dotado de una cierta organización nerviosa no debe sino a circunstancias accesorias el llegar a producir grandes creaciones artísticas o científicas, en lugar de perderse en los sueños de un enajenado," Y esto, señores, es tan distinto de decir que la locura y el genio son una misma cosa como afirmar que un castillo de naipes y el sistema planetario lo son porque sólo a circunstancias accesorias se deba que éste nos deslumbre con su maravilloso funcionamiento o desaparezca en un instante como un castillo de naipes bajo un leve soplo, pues un ápice fuera de órbita, el retardo de un instante en la normalidad del movimiento podrían bastar a destruir el inestable equilibrio de la delicada maquinaria, ¡y adióis maravilla del infinito!; y tal así es el genio. La fina perspicacia de este psicólogo ve en el genio respecto de las facultades psíquicas lo que en la belleza respecto de las condiciones corporales: un equilibrio tan delicado y sutil de una multitud de partes diversas, una tan precisa armonía, que ante la más leve desproporción desaparece.

Esto, sin embargo, no crea una absoluta analogía de Bolívar con sus antepasados, ni puede ser de otro modo, porque de otro modo desaparecería su fulgurante condición de único, que es el genio; no obstante, siendo la herencia la trasmisión de ciertas condiciones y de ciertas combinaciones de estructura y funcionamiento orgánico indefiniblemente perceptibles, y la herencia psíquica una manifestación de la herencia biológica, de la cual es inseparable, no podría suceder, en una larga serie de antepasados, que alguna vez coincidiesen en un producto tales disposiciones, que su funcionamiento diese origen al ente extraordinario...? Esto sería lo absolutamente excepcional — podría contestárseme—; y yo preguntaría a mi vez: ¿y qué es el genio...? ¿No es lo absolutamente excepcional...?

Compañero:

Vuestro elogio de Bolívar es grandioso: habéis sabido ampliar el Olimpo para colocarlo a él y llamarnos luego a contemplarlo. Concebido en "una incesante comunión panteísta con la Naturaleza", y hechas estas observaciones, perfectamente me explico ahora cómo lo habéis hallado así, tan digno del abolenjo, de propia médula hispánica, con que a la conquista de un nuevo Mundo fue el abuelo castellano, y el abuelo criollo a la conquista de una nueva Patria; tan digno de nuestra edad, tan digno de nuestra América y tan digno de él.

Me lo explico, porque veo más claro cómo habéis sentido, en pleno goce de vuestro espíritu, el vigoroso espectáculo de nuestra pampa, tendida ante el azul infinito como un pavés en reposo que guardara para la eternidad los más nobles bajo-relieves de nuestra edad heroica; y en ella, lejano, el horizonte, velado por el vaho de los esteros y el candor en que sube al cielo el alma de los ríos; el variado matiz de la llanura reverberante y sobre él, oscuro, el manchón de los samanes en *matas* que son oasis; la laguna levemente rizada en cuyas márgenes la garza, reposada y pensativa entre los juncos, como en un artesonado egipcio, extiende el cuello como para verse, más blanca que las nubes, sobre el azul del cielo, y de pronto, con certero cuidado, atrapa el inquieto pececillo de nácar que se agita moribundo en la red de cien círculos argénteos que en temblorosa dilatación llevan a la otra orilla la queja de las aguas; recién salido del bosque, erguido sobre el repecho para mejor atisbar

la majada, el toro bravío, en la ostentosa arrogancia de la fuerza envanecida y el deseo impetuoso, y como el del Olimpo, coronado de floridos bejucos la altiva cornamenta, como una lira; levantada la cerviz, erectas las orejas, vuelto hacia el peligro el cuello y tremulante la crin, como una enseña, el potro montaraz, que guía el atajo a la defensa por la fuga, espantado de ver que no muy lejos corre el becerro a escape y detrás el sabanero, el sombrero a las espaldas, zumbándole el viento a los oídos, a la cola del potro atado el cabo de la soga y agitando en el espacio, por sobre la cabeza desnuda, el lazo amenazante, vencedor inevitable.

Me lo explico porque más intensamente me cercioro de cómo sabéis de las secretas maravillas del imponente Orinoco, ostentoso mensajero de la selva, que corre cargado con el oro de sus entrañas y el incienso y la mirra de sus bosques, y como un símbolo de paz el armiño de sus garceros, para esparcirlos por el mundo, mientras en sus márgenes se adornan de flores los ramajes y se agrupan cantando los pájaros, cuando nace la aurora, para verlo pasar, y cuando de noche los palmares, flameados por viento y bañados de luna, vibran y fulgen, como espadas, nuestros ojos, penumbrosos, evocan y divisan las sombras de aquellos guerreros de Margarita que en Pagallos abrieron el camino de Boyacá<sup>4</sup> y ante el ámbito estrellado y todos los rumores de la tarde en ardorosa sinfonía y el gigante de las aguas que allana sus ondas bajo el ala sutil de alguna blanca barquilla que las cruza, nuestra mente ve como desnudan los aceros y presentan las armas: la tarde del Monte-Sacro, la noche de Casacoima, el dantesco desfile de Pisba, ahí van; los llaneros de Carabobo, los cartagineses de Junín, los castellanos de Ayacucho, ahí van; el milagro del Rincón de los Toros, el delirio del Chimborazo, el irreductible de Pativilca, ahí van; la arenga de Angostura, el ensueño de Colombia, las dianas del Perú, la aurora de Bolivia, los destinos de América, ahí van... ¡ahí va el Libertador!

*Compañero:*

Habéis coronado brillantemente con vuestro discurso el éxito de vuestra recepción académica.

Hijos de la provincia, de una misma generación, cual si a par hubiésemos corrido a potro en pelo en plena llanura resonante bajo los cascos de nuestros caballos, ebrios de juventud, en insaciables ansias de horizonte, a par hemos cabalgado idéntico Pegaso, al vuelo de nuestra juventud borracha de ensueño y avara de infinito; y es por eso, quizás, por lo que la Academia de la Historia, en un impulso de noble generosidad, ha querido que sea yo quien en su nombre os dé la bienvenida, y ved cómo sus alas os abre en este instante mi corazón.

---

<sup>4</sup> El valiente Antonio Díaz, de la escuadra patriota al mando del Almirante Brión, fue el héroe de esta jornada que puso para siempre el Orinoco en poder de la Revolución: 8 de julio de 1817.